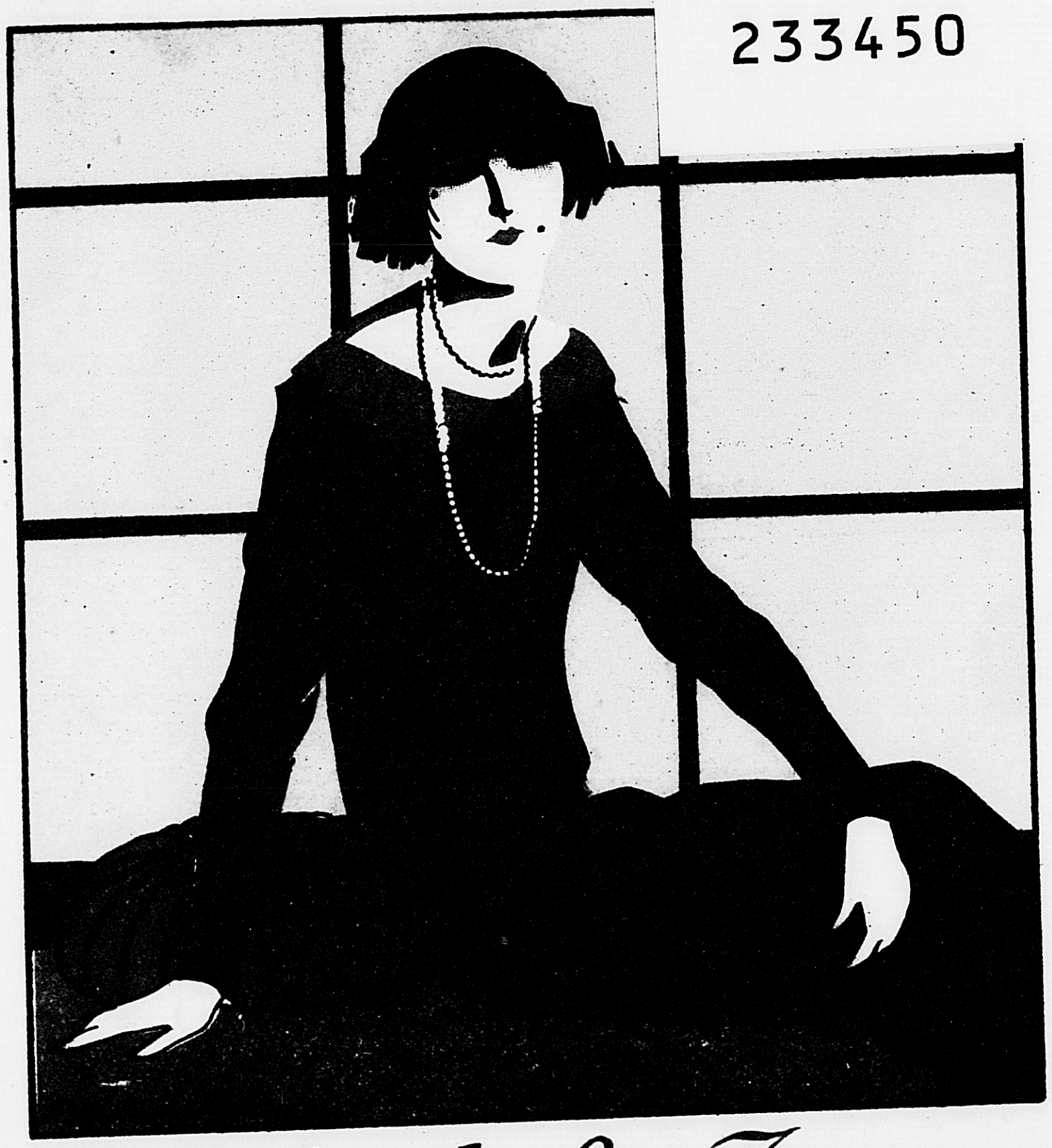
LA NOVELA DE

1

233450



Noche de San Juan

(Novela erótica y pasional)

por

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

1

233450

47/150428

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año II. Madrid, 15 de enero de 1925 Núm. 20

NOCHE DE SAN JUAN

POR

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

ILUSTRACIONES DE BALDRICH

UNA PESETA

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.

1 9 2 5

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

I

Retrato.

En sus ojos castaños arde un claro destello
del amor al humilde, de que su alma está henchida;
y en su pálido rostro, varonilmente bello,
puso un rictus profundo de tristeza la Vida.

¡Pobre artista exaltado, tan noble como un niño,
que solloza sus penas en el antro del Mal,
y que andando entre fango, como el cándido armiño,
mantiene terso y puro su espíritu cordial.

Son sus horas de angustia; con su saña felina,
al pasar, implacables, le clavan una espina
en su carne sensible que trasciende amargura.

Mas la dulce esperanza de un futuro glorioso.
le permite ir cubriendo su camino penoso
con las sedas lucientes de su hermosa locura.

R. 322190S

II

Visto espiritualmente

Su alma ungida de ensueños, como ungido es de albura
el romántico cisne que en los lagos medita,
tiene a un tiempo el tesoro de un raudal de ternura
y el colérico verbo de un profeta israelita.

En la pira del Arte puso un lírico leño,
que estalló en haz de chispas de ardiente pedrería,
y volvió del sagrado lugar, señor y dueño
de un caudal de belleza y armonía.

Melancólico espíritu, descendió a las cavernas
donde mora el Dolor entre sombras eternas,
a robarle su enigma, que guardaba un dragón.

Se lo trajo escondido bajo el pecho doliente,
y, como un rey magnánimo, se lo ofrenda a la gente
con sangrantes pedazos del propio corazón.

VICENTE S. MEDINA.

PROLOGO

De buena gana, lector querido, rompería estas cuartillas que te ofrezco, porque son galantes. Y no quiero ser escritor galante. Ser escritor galante es algo vergonzoso. El escritor galante tiene más de ramera que de hombre. Es indudable que el escritor galante acaricia con la pluma la sexualidad de sus lectores. Es indudable.

Yo creo que hay también un género de literatura galante que se puede cultivar con decoro. La lujuria es más administrable que el mismísimo dinero. Si no administramos bien nuestras pesetas, nos arruinamos y nos convertimos en mendigos o en sablistas; si

despilfarramos la fortuna ajena, nos hundimos en la cárcel. Pero si no sabemos administrar nuestra lujuria, descendemos desde la alta condición de hombres a la baja categoría de cerdos. Y es peor ser cerdo que pordiosero y que presidiario, ¿no?... Yo creo, pues, en la conveniencia de cultivar la literatura galante cuando es un medio de espiritualizar y dignificar la lujuria.

Creo en la galantería artística, institutriz de los carnales ardores jovenzuelos. Creo en la galantería, que puede elevar al hombre lujurioso a la condición de ángel.

Ensayo de este género de digna y noble galantería literaria pretende ser el presente libro.

Si no acierto, lector, castíguenme tus propias manos, arrojándolo con desdén al fuego.

EL AUTOR.

NOCHE DE SAN JUAN

I

Brotó de la tierra, milagrosamente, como una planta hermosa, cuando yo, de tanto esperarla, me moría ya... Es mujer perfecta, mucho más bella que las mujeres creadas por Dios. Parece una de esas mujeres que los artistas conciben, inaclimatables en la realidad, utópicas, pero VERDADERAMENTE DIVINAS. ¡Oh, paradoja! Las mujeres que Dios ha creado, éstas que enjoyan la Tierra, son demasiado humanas, con su hermosura que el tiempo aja, con su juventud que los años marchitan, con su inelegante fisiología; pero las que conciben los artistas, siem-



... mucho más bella que las mujeres...

pre bellas y jóvenes, inmarcesibles como los lauros de la inspiración genial, esas mujeres que nacen del alma encendida de los hombres privilegiados, esas mujeres son divinas, divinas, VERDADERAMENTE DIVINAS...

Brotó de la tierra, milagrosamente, como un árbol... O cayó del cielo, como una estrella. ¡Yo qué sé!

Pero es el caso que se yergue ahora delante de mí, desnuda y maravillosa, magnífica y radiante, divina y real. Y me dice:

—Mírame. ¡Que gocen tus ojos antes que tus labios el placer de poscerme! Mírame despacio, lentamente. Toda mi carne es raso de carne de querubín. ¡Tú la harás encenderse y estremecerse de dicha! Mírame despacio, lentamente. Mi cabellera de oro es de vello arrancado de las axilas de las blancas y melancólicas vírgenes celestiales. ¡Tú la besarás, tú la morderás; tus manos, más



... desnuda y maravillosa...

que de príncipe, jugarán con ella! ¡Tú aspirarás su fuerte perfume delicioso, de sudor íntimo de mujer sana! Mírame despacio, lentamente. Mis dos senos son las nalgas de un ángel de Murillo... Y mi virginidad es resplandeciente y dulce, como la boca de un rubio Serafín vicioso...

Mírame despacio, lentamente... ¡¡Que gocen toda mi hermosura tus ojos afortunados, antes que tus labios!!

Eso me ha dicho con su deleitosa voz de virgen, que jamás ha hablado con ningún hombre, de virgen de voz sin desflorar. Eso me ha dicho, temblorosa de impaciencias perfumadas que me caían sobre la carne, como una lluvia de caricias, encendiéndola, enardeciéndola...

Pero es ella tan hermosa, tan hermosa y perfecta, que parece irreal.

Y yo se lo digo:

—¡No creo en ti! ¡Eres demasiado bella! Me engañas. Tú no existes. Yo sueño...

—No sueñas—me responde—. También existe en el mundo la belleza perfecta: los luceros, las flores, yo...

—Los luceros son hermosos, definitivamente hermosos, porque están muy lejos... También la Tierra es hermosa en la inmensidad para los pobladores de los otros planetas. Pero en la Tierra hay fango, dolor, pestilencia, fealdad... Si nos asomáramos a esos luceros, que resplandecen embusteramente en la inmensidad, las almas exigentes, anhelosas de la belleza definitiva, las almas soñadoras, cerraríamos los ojos para no verlos, como los cerramos para no ver la tierra. Y las flores se secan y se pudren. No es perfectamente bello lo que en seguida ha de oler mal...

—Pero yo...

—Tú eres una sombra, vestida de embustes radiantes, una mentira engalanada de gloria. ¡Un bello sueño!

Pero ella me asegura, con su voz inefable:

—¡No! ¡No! ¡No! Yo soy LA MUJER SOÑADA. Todos los hombres aman a una mujer que no existe. Todos los hombres suspiran de amor por una mujer que no ha sido creada. Nunca la verán; jamás la gozarán... Pero tú sí. Porque tú eres la excepción. A fuerza de pensar en mí, TU IMAGINACIÓN ME HA CREADO. A FUERZA DE DESEARME, ME HAS DADO REALIDAD. A fuerza de llamarme, me has atraído hasta ti. No broté de la tierra como un árbol ni caí del cielo como una estrella. Nací de ti mismo, como una flor nace del tallo. ¡Aquí me tienes!

¡SOY TU MUJER SOÑADA! ¡Gózame! ¡Gástame!...

Yo dudaba aún, pensando: "Esto es que sueño. Recuerdo que me eché, hace una hora, sobre el petate carcelario, y que oí tocar silencio: *Tararí-i-i-i-i... Ti-i-i-i...* ¡Esto es que sueño, indudablemente!" Yo dudaba aún, cuando descendió sobre nosotros un ángel, el cual dijo tres veces:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Esta mujer que gozan tus ojos existe!...

Y luego, después de montarnos sobre un áureo alaje resplandeciente y desplegado, agregó:

—¡Subid al cielo conmigo! ¡Y gozaos allí, en un suntuoso *lecho-palacio,* que yo mismo preparé para vosotros!

Y mientras nos llevaba no decía más que:

—¡Subid al cielo conmigo! ¡Subid al cielo conmigo!...



... Soy tu mujer soñada.

"¡Necio yo, que creí que soñaba! ¡Insensato yo, que pensé: "Hace una hora caí so-"bre un petate carcelario y oí tocar silen-"cio: *Tararí-i-i-i-i... Ti-i-i-i!*" ¡Oh, que atroz pesadilla!"—iba pensando mientras subía al cielo sobre el áureo y resplandeciente alaje desplegado del ángel, en compañía de MI MUJER SOÑADA, milagrosamente real...

—Me gozarás enteramente—me prometió ella—. Mírame: soy como un árbol esbelto, cargado de frutos. De mis brazos, de mi nuca, de mis senos, de mis espaldas y de mis piernas penden las manzanas de oro de las dichas más sabrosas. ¡Para ti serán! ¡Sólo para ti!-No habrá delicia en la tierra ni en el cielo que no brote de mí, que no cuelgue de mi carne como de una rama, para que tus manos la tomen...

Y yo, contemplándola, sentía sobre mi co-

razón contento la deliciosa carga de todas las felicidades que gozaron, al correr de todos los siglos, todos los novios que en el mundo fueron, en los radiantes umbrales de su primera noche nupcial...

II

El cielo es una mansión resplandeciente, un *suntuoso lecho-palacio,* un bello recinto muy terrenal, y, sin embargo, muy glorioso, muy celeste, muy templo de amor...

—¿Estamos en el cielo?—pregunto con incredulidad al ángel que nos ha transportado.

—Estáis en un rincón del cielo, en un lugar del cielo!—me responde.

Pero yo le manifiesto:

—Más bien parece este recinto la alcoba nupcial de un sultán de Turquía.

—El cielo está dentro de nosotros mis-

mos—me explica el ángel—. Entramos en él si conseguimos refugiarnos en nuestras aspiraciones, internarnos en nuestros anhelos, encerrarnos en el precioso vientre de luz de nuestras encendidas quimeras... Pero eso es poco menos que imposible. Por lo mismo, el cielo está tan alto...

Y luego agrega:

—Aquí tienes lo que querías: la mujer soñada y un suntuoso *lecho-palacio* al sabio modo oriental, para que la goces. ¡Así, pues, estáis en el cielo!...

Y yo me aseguro en voz baja: "Es verdad: estoy en el cielo..."

Y ya íbamos a trasponer los umbrales de tan bella mansión, que se abría delante de nosotros como una inmensa granada catedralicia, cuando el ángel nos contuvo dulcemente.

—Espera—me dijo—. Descálzate antes,

para que el polvo de la tierra no se acueste en los brocados de seda y oro de los cojines y divanes que alfombran el suelo. Mejor será que te desnudes.

Obedecí.

Después, ofreciéndonos el líquido tesoro guardado en el interior de un ánfora de plata, nos aconsejó:

—Perfumaos bien todo el cuerpo con esta linfa de lágrimas de rosas y violetas, para que las flores que viven muriéndose en el interior de este departamento tan íntimo —como doncellas en un serrallo—puedan creer que ya llegan los *perfumes-novios*...

Y la mujer soñada y yo seguimos el consejo del ángel.

El cual, después, nos empujó suave y amorosamente, Paraíso adentro, mientras nos decía:

—Amaos ahora con libertad. Gozaos has-

ta languidecer, hasta exprimiros, hasta que os desprendáis de la Vida como los frutos se desprenden de los árboles en el ardor del estío....

Y desapareció después de encerrarnos.

III

La mujer soñada se abraza a mí trémulamente; y yo, entonces, pienso: "¡Ya no estoy desnudo! ¡Una gran caricia, larga y profunda, viste como de seda todo mi cuerpo!... ¡Ya no estoy desnudo!..."

Y tomo con los labios la brasa del beso primero que brota para mí en la boca de ella. Al entrarme dentro, todas mis entrañas se incendian. Parece que me está entrando lumbre de sol por los pulmones...

Y siento entonces hondos deseos de rezar, abrazado a ella como a una imagen. Rezar



"Mujer—le digo, sin apenas...

es hablar de amor... Rezar es gozar el amor. Rezar es vivir el amor.

"Mujer—le digo, sin apenas decírselo; "más bien pensándolo y sintiéndolo—, mira: "las paredes engalanadas con ricos lienzos "de seda roja guardan nuestra felicidad co- "mo un arca construída con cendales de au- "rora boreal. De las vigas de roble pintado "del techo cuelgan soles de oro; y a su ful- "gor, tus gracias carnales y blancas parecen "lunas en plenilunio. El suelo es un breve "valle de tapices y cojines, sobre el que se "levanta el gracioso montículo de un diván "forrado de preciosa tela florecedora de ca- "ricias. Y hay también profusión de pieles "de exóticos y bellos animales salvajes... "¡Túmbate! Desnuda podrás sentir en todo "el cuerpo las caricias de estos brocados, de "estas pieles, de este aire cargado de deli- "cias como de azahar los naranjos: delicias



Desnuda, podrás sentir...

"que convidan al Placer, y luego, al Dulce
"Reposo. ¡¡Aquí no nace jamás la polilla
"del hastío!! ¡¡Túmbate!! Así. ¡¡Oh, qué
"sabrosa debes estar!! Y yo también me
"tumbaré sobre tu cuerpo como sobre un
"rosal cargado de virginidades que se abren
"de anhelosidad al ardor de mi concupis-
"cencia..."

IV

Y me responde con la voz de ansias de su deseo, que en los ojos negrísimos, grandes y profundos, le brilla:

"¡Tómame! ¡Desgárrame! ¡Devórame!... "Sacude los frutos en sazón que de mí pen- "den y bésalos con tus labios, muérdelos con "tus dientes y gústalos con tu paladar... "¡Gózame enteramente! Mi boca tiene sed "de tu saliva de fuego y mis pulmones ne- "cesitan respirar el aire de tu aliento per- "fumado. Mis senos sufren la terrible ava- "ricia gozosa e inefable de ser aplastados "por el bendito peso de tu pecho velludo y

"fuerte. Mis espaldas anhelan los zarpazos
"de tu sexual epilepsia libre y mugidora...
"Y toda mi carne blanca, como hecha con
"recuerdos puros de novias muertas de afán
"amoroso; toda mi carne frágil, pero resis-
"tente a la vez, toda mi carne deliciosa e in-
"tensamente olorosa, como si fuese un teji-
"do de labios de virginidades aun en capu-
"llo, tiembla de deseos de ti...
....."

Y caigo sobre ella como un huracán sobre otro huracán...

V

El mundo se ha perdido en la inmensidad. ¡¡Qué lejos estamos del mundo!! El mundo rueda a una distancia infinita de nosotros. El mundo es un astro que podemos señalar con el índice desde el interior de nuestra célica alcoba, asomados a la ventana. El mundo es uno de esos astros incontables que tachonan de luz el firmamento, para que nosotros gocemos románticamente con su contemplación. Ahora es bello el mundo porque parece una estrellita. Ahora es útil y amable porque, como las flores y como los perfumes, estimula nuestro amor...

VI

Las manos elegantes de la mujer soñada descuelgan un raro instrumento indescriptible de música que descansaba en la pared, más arriba de uno de los cuatro búcaros de oro y pedrería, rebosantes de flores, que se sostienen sobre sendas columnitas de jaspe en los ángulos de la celestial estancia.

Y mientras ella, sentada sobre mis rodillas, le hace estremecerse y suspirar armoniosamente con sólo acariciarlo, tal que si fuera la espalda de un doncel, yo comento la música, que me emociona tanto como una lluvia de besos que me cayese en el fondo más hondo de la carne:

"¡Música que tus dedos despiertan, oh, "mujer! No ceses de tocar. Ahora es alegre "la música. Y ahora que la música es alegre, "digo: "¡Cómo se ríen los ángeles! ¡¡Yo los "oigo!!" No ceses de tocar. ¡Música que "tus dedos despiertan! Ahora es triste la "música. Y ahora, que la música es triste, "yo pienso: "¡¡Cómo lloran los ángeles!! "¡¡Yo los oigo!!... ¡¡Música que tus dedos "despiertan, oh, mujer soñada!! ¡¡Música, "hermana de los Perfumes, de la Luz y de "los Bellos Colores!! ¡¡¡No dejes de tocar, "mujer soñada!!!

VII

Como doncel desnudo, rendido, desmedulado ya casi, el instrumento de música yace sin vigor, vacío de armonías, sobre un ramo de cojines.

Y fuera, la noche inmensa, sembrada de luceros y millonaria de profundos silencios grandiosos, rocía nuestros cuerpos con un perfume de Inmortalidad que penetra por el vacío de la ventana...

Y yo contemplo a la mujer con todas mis ansias abiertas como bocas de barrancos anhelosísimos. La quiero toda, toda, toda...

Y es entonces cuando le pido, con resoplos



... yace sin vigor, sobre un ramo de cojines.

de viento huracanado más que con palabras:

"Mujer: ¡hazme el obsequio de tus más "deliciosos y escondidos pudores! ¡Regála- "me los temblores de tu rubor, el néctar de "la sangre de tus tiernos titubeos, degolla- "dos por la cuchilla de mi afán de gozarte "toda entera, toda entera, toda entera!"

Y en un arranque de proceloso impudor, que me envuelve y arrolla, me responde ella, mientras se cubre los ojos con el lirio de un brazo (¡oh, qué erectos entonces sus blancos senos maravillosos!):

—¡Bebe mi fuego en mi copa! ¡¡El licor de mis entrañas!! ¡¡Bébelo en mi copa!!

Y cae de espaldas sobre la rica tela del diván, como desplomada, ofreciendo a mi voracidad divina el rosado y sedeño tesoro de su carne *más carne*...

Pero yo apago la luz de los soles que cuelgan de las vigas de roble pintado que cruzan el techo. Y ella me pregunta:

—¿Qué haces? ¿Por qué apagas la luz?

—No me preguntes qué hago—le respondo—. Desnuda, brillas más y mejor que esos soles. Los he apagado para que no brille aquí, en este cielo verdadero, otra luz que la de la gracia de tu hermosura.

Pero ella me pide, me suplica, me ruega con lágrimas que se parecen a las que derraman los ojos, y hasta las mismas voces de las almas del purgatorio cuando imploran a la Virgen del Carmen que las extraiga del fuego y las suba a la gloria:

—¡Bebe mi fuego en mi copa! ¡¡El licor de mis entrañas!! ¡¡Bébelo en mi copa!!...

Yo, sin embargo, en vez de obedecer, tomo uno de los tapices que alfombran el suelo de la célica mansión, y con él, como con una losa, sepulto las flores de los búcaros, volcados en la batalla de nuestro primer encuentro.



—No me preguntes qué hago...

Y ella vuelve a preguntarme:

—¿Qué haces? ¿Por qué sepultas las flores bajo la losa de un tapiz?

—No me preguntes qué hago—le contesto—. Tu carne huele más y mejor que estas flores. Las he sepultado bajo la losa de un tapiz para que aquí, en este cielo verdadero, no huela otro perfume que el de tu carne...

Y luego, ya sin luces de soles insignificantes y sin perfumes de flores pobrecillas, me arrodillo ante ella y acerco mis labios a la copa que su desnudez me brinda, y beso sus bordes.

Y canto sin palabras, con los júbilos de mi corazón, rumorosos de suspiros como orquestas:

"Tú lo iluminas todo. Ante ti, mis ojos "ven la Eternidad... Si tú no brillases, mis "ojos nada verían. Si tú no brillases, el "mundo sería el fondo de una gran fosa, y



—¿Qué haces? ¿Por qué sepultas las flores...

"el cielo, todo el cielo, una losa negrísima..."

Y luego:

"¡Oh, tu olor, mujer! ¡Es un vino que "mana de lo profundo de tus entrañas el "olor de tu virginidad! ¡Y todos los poros "de mi cuerpo son bocas que lo beben! ¡Me "siento como embriagado! ¡El cielo está "aquí verdaderamente! ¡Es un dulce vino de "fuego el olor de tu carne íntima! ¡Mis ve-"nas son cintas de lumbre solar!..."

Hasta que el beso se me escapa de la boca como un dardo. Y después, otro y otro.

—¡Ay!—grita ella.

—¿Te hacen daño mis besos?—le pregunto.

Y, sin palabras, me dice que sí, acachetéandome las mejillas felices con sus muslos calientes y sabrosos, como recién sacados, para que yo los guste, del horno gigantesco en que se cuece la belleza divina.

—Te hacen daño mis besos—le digo—porque quiero clavártelos como si fueran estrellas. ¡Yo estoy lleno de estrellas para ti!... ¡¡Déjame besarte a gusto!!

Pero mientras yo visto de estrellas su virginidad, ella va cubriendo mi vida de *ayes,* que se me hincan en la carne y me engalanan como un airoso y placentero plumaje. Y sus muslos revoltosos, enfurruñados ahora como niños azotados, se revuelven contra mi rostro. Y siento que sobre mis mejillas "patalean" angelitos rabiosos...

VIII

¡Música de suspiros de pechos amantes que se colman! Esta es la música que sonaba mientras Dios hacía el mundo...

IX

"Aquí no nace jamás la polilla del hastío,
"mujer... El corazón florece. Mi corazón
"ha florecido ya. Hay tantas flores dentro
"de mí, que se me salen por la boca. ¡Dame tu
"oído, mujer, como un búcaro para llenarlo
"de flores!"

X

Todo el cielo está aquí. El ángel que dijo: "Es sólo un rincón del cielo este recinto", faltó a la verdad. Todo el cielo está aquí: mis brazos lo abrazan, mi boca lo besa, mis manos lo acarician.

¡Ya no hay *más allá!*

¡¡Señor Todopoderoso: Tú que atrapas luceros con la mano, sujeta al vuelo vigorosamente el águila del Tiempo!! ¡¡Atrápala bien en la Inmensidad, y arráncale las potentes plumas para que no pueda seguir volando!!

XI

"Otra vez ardo en ansias de gozarte, mu-
"jer. Es incolmable este afán de ti que siente
"mi vida. Incolmable como la sed de ríos que
"sufre el Océano.

"Enróscate bien a mí. Enrama mi cuello
"con uno de tus brazos y mi cintura con el
"otro. Así, como la vez primera...

"¡¡Oh, el roce de tu carne con mi carne!!
"¡Hunde en mi boca tu lengua, como si fue-
"se una raíz! Es para que parezca que bro-
"tas del fondo de mi ser. Y yo podré pen-
"sar: "En la tierra ardiente de mi carne ha
"sido plantado todo el cielo..."

XII

Se cierran mis ojos dulcemente. Un hondo bienestar infinito me invade. ¿Soy yo que me duermo, o es que hay en mí un santo que se muere? Porque con la dicha que yo me duermo se morían en la Edad Media los santos humildes...

XIII

—¿Hemos dormido? Yo he soñado...

Y ella me responde:

—Yo también he soñado...

Hemos seguido viviendo. Vivir es huir de la vida real, porque la vida real es fea: la realidad aja los espíritus, como un mal clima las flores; la realidad pudre las bellas ansias cordiales, como una fosa los cuerpos... La realidad es una señorita con la menstruación: ojerosa, maloliente, histérica... Vivir es huir de la realidad; es abrir las puertas de la nube de nácar donde las irrealidades son tangibles y verdaderamente reales—esto es,

como debieran ser las cosas reales—y meterse dentro...

—Yo te contaré lo que he soñado, mujer...

—Y yo, cuando tú acabes...

Pero hace un frío muy hondo. Y ¿no está la ventana abierta? Voy a cerrar la ventana...

—Sí, cierra la ventana, porque la noche es de invierno. Pero antes de quedarnos dormidos, la noche era primaveral...

—Mujer: las estaciones que bajan a la tierra, todas las que ya se sucedieron y las otras, niñas aún, que han de sucederse y regresar, están aquí, en el cielo, y pasan... ¡Ea! Ya he cerrado la ventana.

—Enciende ahora los soles.

—Ya están los soles encendidos.

—Levanta el tapiz que sepulta las flores.

—Ya he puesto en libertad sus fragancias presas.

—Ahora no hace frío. La atmósfera es blanda y suave...

—El aire es una camisa de seda, perfumada de olorosa fatiga de senos en capullo, que una virgen muy bella, de catorce años, acaba de quitarse...

—Cuéntame. ¿Qué has soñado?

—Pues he soñado, mujer... Pero siéntate sobre mis rodillas. Así. (Oye: si entrase ahora un ángel y te mirase con amor..., ¿verdad que tú...? ¡Son tan hermosos los ángeles! ¡Y como estamos en el cielo!... Perdóname si soy celoso... ¿Y si Dios...? No quiero pensarlo. Pero ¡¡eres tan bella!! Entonces, me rebelaría contra Dios, como aquellos ángeles que fueron lanzados al infierno... ¡Yo soy ahora más que Dios, porque yo te tengo y El no te tiene.) He soñado, mujer... Escucha.

XIV

Se me apareció, ¿sabes quién? Adivínalo... Pues ¡el Demonio en persona!

Pero no creas tú que traía cuernos en los lados de la frente, ni llamas en los ojos, ni rabo, ni un tenedor descomunal, a guisa de cetro, en la diestra... Nada de eso, mujer... Vestía el Demonio correctamente, elegantemente, como un joven de ese "gran mundo" que suele haber en todos los países civilizados de la Tierra. Y, además, era simpatiquísimo, igual que "un amigo del alma".

Cuando me dijo, con mucha cortesía por cierto: "¡Hola! Yo soy el Demonio", le con-

testé muy extrañado: "No lo creo así. Más que del Infierno, parece que viene usted de la Tierra. Le habría tomado por un caballero." A lo que él repuso muy campechanamente: "De la Tierra vengo. ¿Ignoraba usted que el Infierno está en la Tierra? Y, por otra parte, caballero soy: el más perfecto de los caballeros. Los caballeros que usted conoce, acaparadores de riquezas y dignidades, engaña-niñas, fingidores de virtudes que no sienten, truhanes que blasonan de honorables, ¿qué hacen, hijo, sino imitarme? Un caballero, cuanto más caballero sea, más se parecerá a mí, que soy un verdadero modelo." Dijo, y sonrió de una manera tan simpática, que en el acto se granjeó mi confianza, hasta el extremo de que me creí obligado a propinarle con los dedos un amistoso "metidito" en el abdomen, y a soltarle, también risueño: "¡Vamos! ¡Granujilla!..." Entonces él mostróme en la palma de su diestra un gran puñado de piedras preciosas: zafiros, esmeraldas, rubíes, diamantes tallados, con lo que consiguió deslumbrarme... "¡Magnífico tesoro!", exclamé. "Tú no lo sabes", agregó él, tuteándome ya. Y me explicó: "Cada una de estas piedras preciosas, que mi mano muestra a tu admiración, es UN INSTANTE DE TODO EL PLACER SIMULTÁNEO QUE HAN SENTIDO TODOS LOS POBLADORES DE TODOS LOS MUNDOS QUE RUEDAN EN LA INMENSIDAD. ¡Oh, si tú poseyeras este tesoro! Si lo poseyeras, podrías gozar a la vez —¡fíjate bien, A LA VEZ!— todas las grandes felicidades que en un momento determinado—y que yo supe apresar—florecieron en la creación entera: una lluvia de virginidades quinceñas, anhelosas de ser disfrutadas por ti, caería sobre tu existencia, anegándola inefablemente; orquestas de gri-

tos de tiernas doncellas pudorosas y temblorosas, que piden: "¡Déjame! ¡No me toques! ¡Me da vergüenza!", acariciarían tus oídos; embargaría tu pecho el júbilo de los emperadores al mandar; la alegría de Dios al recibir la adoración de todos los justos embriagaría tu alma..." Y luego me propuso: "Cómprame este tesoro. Te lo vendo..." "¿Qué quieres a cambio de él?", le pregunté. Y él me contestó: "Quiero el único placer que me falta, el más hondo y bello de todos los placeres gustados y por gustar..." "¿Lo tengo yo?", le interrogué. "La tienes tú", me respondió. "¿Qué placer es?", volví a preguntarle. Y él volvió a responderme: "El placer que yo no tengo, el único placer que me falta, el que yo quiero, es EL PLACER QUE EN TI PRODUCE EL ROCE DE TU CARNE CON LA CARNE DE ESA MUJER QUE ESTÁ CONTIGO..." A lo que yo repliqué con esa roja y

ceñuda indignación que se enciende en los hombres a quienes un judío pérfido y avaro trata de engañar: "¡Demonio gitano! Si no tienes ese placer, ¿qué valen los que me ofreces? ¡Ah, bribón! Pretendes burlarte de mí. Intentas venderme calderilla a precio de oro... ¡Vete!" Y el Demonio se fué...

... ...

Este sueño he soñado, mujer. ¡Todas las felicidades de todos los mundos eran del Demonio! ¡¡Todas, todas, todas, MENOS LA DEL ROCE DE MI CARNE DESNUDA CON TU CARNE DESNUDA!!... ¡¡¡Pobre Diablo, qué pobre era!!!...

Y ahora cuéntame. ¿Qué has soñado tú, mujer?

XV

"He soñado—me cuenta—que nos llevaba
"encima de sus alas abiertas el águila del
"Tiempo— ¡Corría más!... Pasábamos las
"estrellas igual que el tren las estaciones fe-
"rroviarias...

"Nos pusimos a temblar de pronto, por-
"que nuestros ojos descubrieron en las lon-
"tananzas que muy pronto alcanzaríamos las
"negras y profundas hendiduras de los ba-
"rrancos fatales de la vejez y de la muerte.

"Tú repetías con el alma la prez aquella
"que yo te oí antes pronunciar: "¡Señor!
¡Tú que sabes apresar con la mano los soles

"de la Inmensidad, atrapa el águila del "Tiempo!"

"Pero el águila del Tiempo seguía volan- "do, y nosotros pensábamos con horror: "Ya pronto nos hundiremos en las som- "bras de aquellos barrancos, que, igual que "bocas inmensas, se abren allá. Ya pronto "nuestros cuerpos amarillearán, rugosos, de "vejez, y la muerte caerá sobre nosotros, "como un peñasco sobre dos estatuas, des- "trozándonos..."

"Tú estabas taciturno, porque tendrías "que perderme fatalmente, y decías: "¡La "muerte! ¡Qué horrible es que muera lo in- "mortal! No puedo ser feliz, porque pienso "que la odiosa muerte ha de robarte de mis "brazos..." Y yo lloraba, asintiendo...

"Padecíamos los dos una horrible sed de "inmortalidad, ¡y esa sed nos mataba! Dios "no detenía el Tiempo, y el Tiempo seguía

"volando, volando, aproximándose a las bo- "cas fatales, que se abrían delante de nos- "otros para engullirnos...

"Pero yo tuve una idea salvadora, que te "propuse y que tú aceptaste: "Huyamos del "Tiempo—te dije en voz baja, para que el "águila que nos transportaba no nos oyese—. "Huyamos del Tiempo, precipitándonos al "fondo de la Inmensidad. El Tiempo seguirá "volando, y nosotros, libres de él, viviremos "eternamente..."

""¡Sea!—me contestaste. Y, rodeando mi "cintura con el abrazo de uno de tus brazos "musculosos, te arrojaste al vacío, y descen- "diste vertiginosamente por los espacios, "perseguido por ejércitos de días como por "incontables guardias civiles. Y yo flameaba "en ti, vigorosamente abrazada por ti, como "una bandera de rebelión...

"Huíamos del Tiempo, gozosos, triunfa- "dores de la vejez y de la muerte...

"Y éramos muy felices, porque los días, "los millones de días que vinieron en nues-"tra persecución, no nos encontraban.

"El águila del Tiempo desapareció, vuela "que vuela..."

XVI

El aire parece que arde. Abriré la ventana. Pero ¿no hacía frío momentos antes?... La noche es de verano. La noche es como de San Juan.

—¡Me asfixio! ¡Abre la ventana!

—Voy, mujer.

—¿No era invierno hace una hora?

—Sí.

—Pues el aire es ardiente. Y este recinto parece el pecho abrasado de una loca de amor.

—Mujer: es que los sueños que se cuentan son más rabiosos en las noches invernales

que en las estivales. Por eso Dios nos hizo el regalo de una hora de noche de invierno para que nos contásemos lo que acabábamos de soñar... La ventana está abierta. Asómate.

—El aire de fuera es blanco como la flor del almendro... Oye: ¿dónde estará ya el mundo, la Tierra? La dejamos hace unos horas y no ha cesado de rodar.— El aire de fuera es perfumado como el aliento del novio en la primera noche nupcial: como tu aliento... ¡Qué lejos debe estar la Tierra!

—Es aquel punto de luz tan pequeñito que brilla al lado de aquel otro menos insignificante...

—El menos insignificante será el Sol...

—De seguro, mujer... La Tierra parece una gotita de agua blanca... ¿Cuántos reyes hay en la Tierra?

—Muchos.

—¿Es posible que una cosa tan pequeña tenga tantos dueños? Fíjate, mujer: Las Inmensidades nos rodean como llanuras. ¡Nos rodean como llanuras las Inmensidades!... Pero puesto que la noche es como de San Juan, regresemos al centro de esta mansión célica y revolquémonos, abrazados, sobre la rica y suave tela preciosa del diván, igual que sobre una caricia profunda y amplia...

—Mas como el aire de la noche es blanco, apaga antes la luz de los soles...

XVII

"Déjame besarte y acariciarte a gusto, "criatura, puesto que la noche es como de "San Juan.

"Mujer: no detengas mis manos ni ex- "pulses mi cabeza del paraíso de tu cuerpo...

"¡Abandónate a mí!

"El alma, mujer, es divina; pero la carne "es diabólica...

"Soñaste un imposible: ¡¡Hemos de mo- "rirnos!! ¡¡Oh, si el sueño que se deshojó "sobre tu frente, mientras dormías, se rea- "lizara!!... ¡¡Oh, si fuese verdad que hubié- "ramos conseguido fugarnos del Tiempo!!...

"Pero la tierra ha de comernos un día...
"Y a esta flora espesa y primaveral de an-
"sias y hondos anhelos con que la carne se
"viste y engalana, igual que se cubren de
"vegetación profunda y alta las zonas vírge-
"nes de los países tórridos, y a esta fauna
"que aúlla y ruge dentro de nosotros, fauna
"feroz de incontenibles concupiscencias ti-
"greñas y de fuertes y bravos deseos leoni-
"nos que saltan de mi cuerpo a tu cuerpo,
"arrolladores y benditamente despedazado-
"res, han de suceder las escarchas y las nie-
"ves, que en el invierno de nuestro vivir tan
"veloz sepulten de blanco *y vistan de frío y*
"*de muerte* nuestros días ya secos...

"Pero ¡sea! Tal es la voluntad Divina,
"inapelable.

"Sin embargo, puesto que la tierra ha de
"comernos, puesto que el polvo vil ha de
"devorarnos, ¡¡que no pueda decir el polvo

"de la tierra: "Yo he gustado un átomo de
"su carne preciosa y sabrosa, que él — por
"mí—no había gustado antes!!..."

"¡Estate quieta, mujer!... ¿Qué átomos,
"aun inéditos para mi felicidad, hay en tu
"hermosura? ¡Estate quieta, que la noche es
"como de San Juan, y el aire arde!...

"¡Estate quieta! ¡¡Así!! ¡¡Así!!.

"Tu carne es un horno...

"Arden tus entrañas...

"¿Qué te pasa, mujer?...

"Tus muslos son dos lenguas de fuego
"que me lamen las mejillas...

"¡Muérdeme tú a mí! ¡También tú a mí!

"¡¡Trágame!! ¡¡Trágame, absorbiéndo-
"me!! ¡¡Por el huequecito de tu boca quie-
"ro entrar en otro cielo, más cielo aún que
"éste!! ¡¡Trágame, y abrasa a la vez mi bo-
"ca con el fuego de tus entrañas!!

"¿Te da vergüenza? ¡Mucho mejor! ¡Mu-

"chísimo mejor!... Porque si te da vergüen-
"za, yo entraré entonces en el cielo grande,
"vestido con el traje de gala de la sangre
"de tus más íntimos pudores degollados...

"¡¡Oh, toda tu vida, qué bien me sabe!!...

"¡¡¡Quiero que florezcan en tu cuerpo to-
"dos los placeres, todos los placeres, todos
"los placeres!!!

"La carne—¿no te lo dije ya?—es diabó-
"lica: el regalo de UN POCO DE INFIERNO
"que Dios nos hace para que TANTO CIELO
"NO NOS ABURRA...

"La carne es nuestro juguete. ¿Para qué
"se dan los juguetes? Para que nos divirta-
"mos con ellos hasta su destrozo... ¡¡Goce-
"mos con nuestro juguete, igual que los ni-
"ños, hasta destrozarlo!!

"¡Tal es asimismo la Voluntad Divina, in-
"apenable!...

"¡Magnífico juguete ESTE POCO DE DELI-
"CIOSO INFIERNO, que es la carne!...



—Quiero que florezcan en tu cuerpo...

"Cuando partamos del valle de la Vida,
"¿nos lo podremos llevar? ¡No! Pues enton-
"ces ¡¡gastémoslo, destruyámoslo, para que
"la tierra de la fosa no pudra en todo él ni
"una sola partícula intacta!!...

"¡¡¡Tengo celos de la fosa, cuyo polvo
"habrá de poseerte enteramente!!! ¡¡¡Y quie-
"ro poseerte más enteramente, más honda-
"mente, que el polvo de la fosa donde han
"de enterrarte!!!...

"¡¡Estate quieta!! ¡¡Estate quieta!! ¡¡Es-
"tate quieta!!..."

XVIII

¡¡¡Esto es amor, verdadero amor!!!

Ahora, cuando ya hemos dejado nuestros cuerpos "a un lado de nosotros mismos", igual que se dejan los juguetes a un lado del lecho después de haberse entretenido mucho con ellos; ahora, cuando la carne está ya vencida, el alma se yergue aún—¿aún? ¡Se yergue perennemente!—como un inmenso lirio abierto, cuya blanca copa está llena de aromas de Eternidad...

Hemos dejado de ser carne para convertirnos en perfume...

—Mujer: a tu lado soy ahora serenamente feliz, como los ángeles al lado de Dios... ¡¡Pero mírame a la cara, tonta; no cierres los ojos!!...

XIX

La noche es fresca y apacible. Parece otoñal. Es que las estaciones brincan fuera, como colegialas en el patio de la pensión. Y pasan sin orden...

En otoño saben muy bien al oído narraciones de amor.

—Mujer, ¿te cuento?...

—Sí.

—Pues escucha...

XX

"Yo te quería cuando no te tenía. Yo te "necesitaba cuando aun no te conocía...

"Y, buscándote, recorrí toda la Tierra, de "polo a polo y de costado a costado, ciñén-"dola con el cinturón de mis luengas camina-"tas infatigables.

"Pero no te encontraba nunca.

"Y era porque no estabas sobre la redon-"dez de la Tierra. ¡Tú no estabas sobre la Tierra!...

"Y entonces pensé: "Se habrá muerto, y "estará debajo de la tierra..."

"Y como mi corazón te necesitaba, decidí:

"“Seguiré buscándola para llorar ante su "tumba, para obsequiarla con las lágrimas "de mi dolor, ya que no me es posible rega- "larle el ramillete de llamas de mis días "mozos...”

"Y entré en todos los cementerios del "mundo, y anheloso de descubrir tumbas "blancas en cuyo interior reposan eterna- "mente las vírgenes que besó la Muerte, "paseé años enteros por las calles tristes, "floridas de cruces y de frías figuras de már- "mol, de las ciudades que duermen...

"Y leí, con avidez de encontrarte, todas las "inscripciones de las tumbas blancas.

"Pero ¡la gracia de tu dulce nombre, que "sólo yo pronuncio, no acariciaba jamás mis "ojos!

"Hasta que hube de exclamar, desgarrado "de consternación mi espíritu, que tanto te "necesitaba viva para gozarte, o muerta para

"llorarte: “¡Tampoco está muerta! ¡Tampo- "co está muerta!...”

"Y yo me moría de dolor, de terrible y de- "voradora sed de ti, porque no te encontra- "ba sobre la tierra ni debajo de la tierra. Yo "me moría, y culpaba a Dios, increpándole "de este modo: “¿Por qué, Tú que eres la "Bondad Suma, haces sufrir a mi corazón "inocente la sed horrorosa de un agua que "no corre sobre la tierra ni por sus entra- "ñas?...”

"Hasta que un día, inesperadamente, apa- "reciste delante de mí, como un árbol her- "moso cargado de delicias, o como una es- "trella...

"Mejor dicho: apareciste en mí, igual que "la flor en el tallo...

"Y fué porque estabas dentro de mí mis- "mo, formándote en mi corazón, como una "criatura en el vientre de su madre, hasta "que brotaste, parida por mi frente.

"Eres el fruto de mis ansias de ti; eres la "flor de mis anhelos de felicidad... ¡¡Yo TE "HACÍA cuando te buscaba!! ¡¡Yo te daba "forma y vida, cuando, llamándote, reco- "rría toda la Tierra, de polo a polo y de cos- "tado a costado, ciñéndola con el cinturón "de mis luengas caminatas infatigables, y "también cuando, anheloso de leer tu nom- "bre, que sólo yo sé pronunciar, grabado en "las inscripciones de las tumbas blancas, re- "corría los cementerios del mundo!!..."

XXI

Ella resplandece de felicidad tranquila, y la mañana va naciendo...

Pero como aquí, en este recinto célico, la carne no se siente jamás invadida por la fastidiosa polilla del hastío, yo, al terminar mi narración, miro a sus ojos muda y encendidamente, y entonces se apagan en ella las luces de su calma.

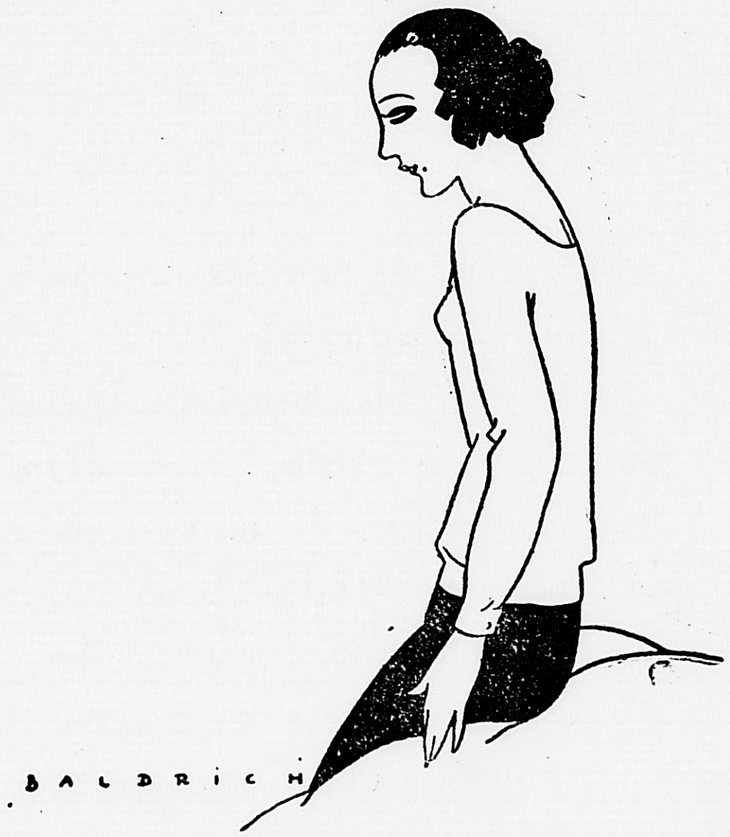
Y la mañana que ya nacía se sumerge en la noche como en un mar...

XXII

"El alba, mujer, ha visto tus ojos, que me "miran, igual que miran a la luz los ojos de "las hondas cavernas misteriosas, y, llena "de miedo, se ha escondido... Ya no saldrá...

"El alba, mujer, ha visto tus ojos, que me "miran, igual que miran a su hombre desea- "do las enardecidas mujeres incolmadas de "las alcobas, sobre cuyo lecho reptilean los "más monstruosos pecados mortales; y, lle- "na de vergüenza, ha huído como una ni- "ña... Ya no vendrá...

"Las claras y frescas mañanitas, los mag- "níficos mediodías esplendorosos y las bellas



—El alba, mujer, ha visto tus ojos...

"tardes, enfermas de romanticismo dulce, no
"volverán a mostrarse a nuestros ojos, igual
"que flores ingentes, prendidas en el manto
"con que el infinito se cubre.

"Ya siempre será noche a nuestro alre-
"dedor, porque el alba te ha sorprendido
"cuando me mirabas con mayor anhelo, y
"ahora está oculta.

"En su escondrijo, la pobre se morirá de
"espanto, como se muere en el bosque, ocul-
"ta entre la maleza de un matorral espeso,
"la desgraciada niña que ha visto centellear
"los ojos del lobo...

"¿Qué me dicen tus ojos?...

"Las sombras vienen. Todas las sombras
"vienen hacia nosotros a rodearnos, a envol-
"vernos.—Fíjate. La ventana parece un ras-
"guño en el negro cuerpo de una gran som-
"bra que se hubiese tragado todas las som-
"bras de todas las noches de la Eternidad.

"Si quisiéramos salir de este recinto, nos "sería imposible. La gran sombra nos cerca "como una gran muralla de presidio...

"Nuestro cielo es nuestra cárcel, desde "que tú me miraste como miran a la luz los "ojos de las hondas cavernas misteriosas, y "como miran a su hombre deseado las enar- "decidas mujeres incolmadas de las alcobas "sobre cuyo lecho reptilean los más mons- "truosos pecados mortales...

"Desde que tú me miraste así, somos pri- "sioneros.

"¡Mejor! Porque jamás podremos salir de "la cárcel de nuestra Dicha, en la que esta- "mos tan a gusto.

"Y, como nos guardan espesos muros in- "destructibles de sombras y sombras, nadie "podrá, por fuerte que sea, expulsarnos de "este paraíso...

"Sigue, sigue mirándome como me mira- "bas cuando la aurora pasó por delante de "la ventana abierta, para saludarnos...

"Así. Así.

"¿Qué quieres? ¿Qué piensas?"

XXIII

—Quiero—me reza con blasfemias benditas, que le queman los labios, y que me abrasan los oídos—ser feliz, completamente feliz; caer rendida, sin que punce mi carne ninguna inquietud. Quiero ser tan feliz como lo era cuando el ángel nos dejó solos y tú me besaste y gozaste por primera vez. Quiero ser tan feliz como lo era cuando mi cuerpo estaba cargado de placeres para ti, igual que de frutos, que tus manos arrancarían. Quiero... Quiero que mi dicha saciable—y saciada ya—sea insaciable y que tú puedas estar saciándola eternamente, mientras los siglos

ruedan. Y pienso que no puede ser, que eso no puede ser...

—¿No eres feliz?

—No soy completamente feliz. Porque pienso que podría ser más feliz...

—¿Sufres?

—Todavía no, pero sufriré... Todavía no sufro, porque aún es prometedora mi mirada. Todavía te dicen mis ojos: "Haz conmigo lo que no has hecho aún. Tómame y gózame de modo que, mientras me tengas debajo, puedas destrozarme la nuca a dentelladas y desgarrar mis senos con tus uñas y aplastarme la espalda con el peso de tu pecho... Me harás daño y yo gritaré; pero el daño que tú me hagas besará mi sexo ocioso, como una boca frenética y encendida, y, pensando que mis ayes han de enardecerte más, yo gozaré infinitamente. ¡Tócame y poséeme como quiero! Es el último placer que puedo ofrecerte...



—¡Tómame y poséeme como quiero!.

Y ella, larga sobre el diván, me presenta el regalo deslumbrador de su nuca, de sus espaldas y de su reverso...

—¡Sé bárbaro!—me pide, afanosa—. ¡Sé brutal! ¡Sé salvaje!...

... ...

... ...

Y ahora... ¡Qué vergüenza! Yo me alegro de que todas las sombras nos rodeen, porque nuestra carne necesita taparse, a los ojos del resto de la creación, con el manto de sombras de todas las noches de la Eternidad...

¡Qué vergüenza!

XXIV

Y, de repente, ella se abate y solloza.

Fuera, la noche está apagada. Muge un viento extraño, que parece gemir... En el fondo de la densa y pesada obscuridad, que envuelve nuestra mansión radiante y perfumada, este bello *trocito de cielo* de nuestra propiedad es como un fabuloso tesoro enterrado...

Ella, taciturna y pensativa, me contempla con ojos llorosos. Y yo le tomo las manos con amor y se las aprieto con una dulce fuerza que me sale del alma.

—¿Por qué sufres?—le pregunto.

Y entonces rompe a llorar de un modo franco y copioso.

(Fuera, la lluvia cae...)

—¿Por qué lloras, mujer?

—Lloro—me confiesa—porque mi carne ya no puede brindarte el fruto de un goce nuevo... ¿Qué placer desconocido podría brotar en mí igual que una bella manzana de sabor inédito, en el ramaje del manzano, para que tú lo arrancases y lo gustases?... ¡¡Quisiera!!... ¡¡Yo no sé!! ¡¡Yo no sé!!

Y al decir "¡¡Yo no sé!!", su llanto es desgarrador. Y todo su cuerpo se estremece. Y sacude con deliciosa rabia de querubín disgustado su cabeza desmelenada de muñequita. Y, con sus piececitos blancos, menudos y nerviosos, castiga dulcemente los brocados de seda y oro de los cojines caídos sobre el suelo tapizado. Y liberta sus manitas de la prisión de mis manos, y, furiosamente, se abraza a mi cuello...

—¡Pero, criatura!...—le digo, blandamente recriminador.

Fuera, la lluvia es tormentosa. Algunos relámpagos hacen en la Inmensidad siniestras muecas de luz. Los tronidos de los truenos son como blasfemias que los astros vomitan...

Hay que cerrar la ventana. La cierro. Ella se revuelca, como atacada, sobre el diván, y muerde y araña las telas preciosas...

—¡Vamos, criatura! ¿Qué te pasa?

—¡¡Que no soy toda sexo!!—me responde con desesperación—. ¡¡Quisiera que tú te hundieses y perdieses dentro de mí; que tu cuerpo entero penetrase en el fondo de mi vida; que se sumergiese en lo más profundo de mi carne!! ¡¡Quisiera que todos tus poros se abriesen y me regasen!! ¡¡Quisiera!!... ¡¡Yo no sé!! ¡¡Yo no sé!!

Y al decir "¡¡Yo no sé!!", vuelve a abrazarme el cuello con frenesí.

—¡¡Quisiera—añade—que mis brazos fuesen también muslos calientes; que mis mejillas fuesen también dos senos; que...!! Pero ¡¡yo no sé!! ¡¡Yo no sé!!

—Escucha...

—Di.

—Yo te juro, mujer, que ya no hay en el mundo más goce... ¿Por qué lloras?

—Lloro por eso: PORQUE EN EL MUNDO YA NO HAY MÁS GOCE... ¡YO QUIERO DARTE MÁS PLACER! ¡YO ME MUERO PORQUE NO PUEDO DARTE MÁS PLACER!

—Más placer no existe. Dios no lo ha creado. Los ángeles gozan menos que nosotros. Más placer no existe...

Y ella se muerde las muñecas en un acceso de precioso furor, y es entonces cuando parece verdaderamente un angelito que sufriese una RABIETA espantosa por causa de haberle castigado sin postre el Padre Eterno...

He de cogerla las manos, que me llevo a la boca para cubrírselas de besos. Pero una de sus muñequitas de marfil luce ya la pulsera de rubíes de un círculo de gotas de sangre...

—¡Estás loca, criatura!—le digo, mientras le curo la herida con mi lengua—. ¡Estás loca!...

—¡DIOS NO HA CREADO MÁS PLACER Y YO LO NECESITO!—responde, gritando, sin calmarse—. ¡Lo necesito para dártelo! ¡No estoy loca! ¡Dios ha sabido hacerme, pero no sabe alimentar mi corazón! ¡Dios ha sabido crearme, pero no sabe colmar mi vida! ¡¡Me ha dado boca y no puede darme pan!!

Y luego, súbitamente, rompe a reír:

—¡Me río de Dios! ¡Me río de Dios, porque soy imperfecta!

—¡Calla, criatura!

—No callaré. Déjame que ría... Dios, al



—¡No estoy loca! ¡Dios ha sabido hacerme...

contemplarme, pensará, de seguro, sonriendo con la estulta vanidad de un artista mediocre que se cree genial: "¡Oh, qué hermosa obra! ¡Estoy satisfecho!" Y, sin embargo, soy imperfecta. Mi corazón es grande y necesita nutrirse, satisfacerse, con rebanadas de placer infinito. ¡¡Y todo el placer que Dios ha creado, todo el placer que Dios ha sabido crear, cabe perfectamente dentro de una sola de las incontables bocas famélicas de mi concupiscencia!! ¡¡Yo, la mujer soñada, la obra maestra de Dios, no soy más que un disparate!!... ¡¡Me río de Dios!! ¡¡Me río de Dios!!...

Y yo empiezo a pensar: "Está en lo cierto. Esta mujer está en lo cierto."

XXV

Pero, de pronto, nuestra atención, tan gozosamente entretenida, es taladrada por el dardo de un agudo toque de trompeta:

—¡Tararí!...

La ventana se abre.

Y aquel ángel, sobre cuyo maravilloso alaje desplegado ascendimos hace unas horas a esta bella y escondida cumbre celestial, reaparece ante nosotros, airadísimo.

—¡Blasfemos!—nos grita.

Y al tirarnos esta palabra: ¡BLASFEMOS!, yo siento como si me hubiesen apedreado la frente con una montaña.

El ángel nos mira, y en el fondo, profundo como el mar, de su mirada poderosa, fulguran terribles anatemas.

Ella y yo temblamos.

—¡BLASFEMOS! ¡BLASFEMOS!—repite.

Y la cólera de su voz es formidable como un huracán, que nos levanta y voltea en el aire, igual que a dos hojas caídas...

—Sois indignos de permanecer aquí, en el cielo de vuestras aspiraciones utópicas, cuya puerta imposible yo mismo os franqueé — agrega, tratando de expulsarnos—. ¡Salid inmediatamente!

Ella y yo, avergonzados, permanecemos inmóviles.

—¡Salid inmediatamente!—vuelve a ordenarnos, extendiendo un brazo hacia la Inmensidad.

Fuera, ha cesado de llover.

Y la Inmensidad es un muro de sombras

negras y amontonadas, cuyo espesor parece infinito...

Yo pienso: "Nos es imposible salir de esta mansión. Porque, ¿quién puede atravesar el muro de sombras que la ciñe? Cada una de las sombras de ese muro, que se descubre mirando a la ventana, es más espesa y fuerte que la más espesa y fuerte muralla de presidio..."

Pero el ángel no cesa de ordenarnos:

—¡Salid inmediatamente!

Ni de recriminarnos:

—¡BLASFEMOS! ¡BLASFEMOS!... ¡Ni en la gloria, que no gozan los propios ángeles, de vuestras más inasequibles quimeras, os sentís colmados y felices! ¡Cuantos Paraísos se dignase concederos la Suma Bondad de Dios vosotros los perderíais! ¡¡Salid inmediatamente!!...

—No saldremos—le respondo—, porque la Inmensidad nos asusta...

—Os arrojaré yo—afirma el ángel.

—No podrás—le contesto—, porque la misma Inmensidad nos guarda, como a los presidiarios la muralla del presidio. No podrás hacer tú que nuestros cuerpos taladren ese mar de sombras...

(Pero desde que el ángel hizo su reaparición hasta este momento, apenas han transcurrido tres segundos. Y, sin embargo, yo no atribuyo al ángel, ni a mí mismo, lo juro, una sola palabra ociosa. En tan poco tiempo hablamos todo lo que aquí copio. En el cielo florecen los imposibles con la profusión, con la *sin importancia* y con la belleza con que florecen en la tierra las amapolas, por ejemplo.)

—¿Que no podré arrojaros del cielo de vuestras quimeras?—nos pregunta, amenazándonos con su mirada centelleante.

Y yo, seguro y confiado, le respondo:

—¡No podrás!

Entonces él, con una sola palabra de su boca—volcán que vomita huracanes—, con un ¡SOBERBIOS!, pronunciado, mejor dicho, arrojado a nosotros con arrolladora furia, nos barre igual que haría un proceloso viento, y ella y yo, impotentes y miserables, chocamos, ya fuera de la ventana, contra el muro de sombras de la Inmensidad...

Las sombras son duras como peñas. Estamos sobre un infinito colchón de montañas. Es imposible que nos hundamos, que rodemos hasta el fondo, que nos enfanguemos otra vez en el barro de la Tierra, que está en lo más hondo de la Inmensidad. Es imposible que el ángel pueda lanzarnos al abismo, porque el abismo es ahora como un gran barranco lleno de rocas negras e indestructibles.

—¡No podrás! ¡No podrás!—digo al ángel, incesantemente.

Pero el ángel, de pronto, blande una trompeta descomunal, que se lleva a la boca.

—Esa es la trompeta que Dios ha mandado hacer para el *Dies irae*—murmuro confidencialmente al oído de la mujer.

Y ésta, horrorizada, me advierte:

—Pues ¡¡como la toque!!...

Apenas ha acabado de decírmelo cuando el ángel se pone a tocar de firme, con la furia de un cornetín de órdenes ante un enemigo arrollador.

Los trompetazos salen del instrumento dichoso y maldito como los rayos salen de las entrañas de una gran nube de plomo, cargada de electricidad, fulminantes, centelleantes, zigzagueantes, horribles... Dijérase que la bocina de la descomunal trompeta es la boca de un volcán en copiosa erupción de afiladas y rojas armonías estridentes, que llueven sobre la Inmensidad.

Y las sombras, rajadas, se abren a trompetazos, como peñas partidas por los rayos de la tormenta, y nosotros nos vamos hundiendo, hundiendo, hundiendo...

El ángel, erecto como un lirio plantado en la cumbre celestial, que hemos perdido, no cesa de tocar.

Pero ¿qué es lo que toca? Me recuerda la diana de los cuarteles:

—*Quinto quintorro, quítate ese gorro; si no te lo quitas, te parto los morros...*

Y los trompetazos siguen hendiendo las sombras de la Inmensidad, que nos sostenía, igual que un lecho, y la mujer y yo rodamos y rodamos de cabeza, vertiginosamente, hacia el fondo más hondo y apagado del abismo, donde está la Tierra...

—¡Ay! ¡Que nos estrellamos! ¡Ay! ¡Que nos estrellamos!--exclama la pobre mujercita.

Y yo, para consolarla, grito en los espacios:



Pero ¿qué es lo que toca?

—¡La Tierra es de cieno! Se encharcarán nuestros cuerpos. Pero no nos haremos pedazos...

—Hundidos, encharcados en el cieno—me dice ella—no podremos vivir...

—Somos de la Tierra, como las ratas son de las alcantarillas—respondo, gritando, para que me oiga bien—. Somos de la Tierra, como los peces son del mar, y como las aves son del aire. Y, pues la Tierra es de cieno, encharcados podremos vivir perfectamente, igual que viven perfectamente—¡y cuán a su gusto!—las aves, que son del aire, entre el aire; los peces, que son del agua, entre el agua, y las ratas, que son de la obscuridad y del hedor, entre la obscuridad y el hedor... Donde no hubiéramos podido vivir perfectamente, siendo, como somos, de la Tierra, es en el cielo. Ocasión hemos tenido de comprobarlo... Un ser humano en el cielo es como

una rata sucia en el lecho de seda de una princesita: en el acto lo ensucia, y es necesario expulsarla con un escobón... Por eso, para subir al cielo, hay que morirse antes, dejar el cuerpo...

Cesa de tocar el ángel.

Ya llegamos al cieno. ¡Ya nos hundimos!

¡La Tierra! ¡¡La Tierra!!...

¡¡Ya nos hemos enfangado!!

—Aquí seremos muy felices—digo a mi mujer soñada—. El cieno de la Tierra es el aire que nuestra carne necesita... La carne humana respira cieno...

XXVI

—¡Eh, amigo! ¿No has oído tocar diana?

—Pero ¿quién eres tú?

—¡Toma! Un compañero tuyo, un preso...

—Es verdad. Estoy en la cárcel.

—¿Qué creías?

—Soñaba.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Y ¿qué soñabas?

—Que era muy feliz.

—Ya te lo dirá el fiscal. ¿Cuánto te pide?

—Catorce años de presidio.

—Pues si te los clavan en la nuca, te vas a divertir. ¡Desgraciado!

—¡Bah! ¿Qué me importa? Mientras ha-

ya noches, mientras yo tenga un simple petate y pueda soñar..., ¿qué me importa? VIVIRÉ MIS SUEÑOS FELICES Y DORMIRÉ MI VIDA COMO UNA PESADILLA ATROZ... Mientras haya noches y yo tenga un simple petate, podré subir al cielo con frecuencia...

Alfonso Vidal y Planas

En la Cárcel Modelo de Madrid, noche de San Juan de 1924.



EN NUESTRO NUMERO
PROXIMO PUBLICAREMOS

No por obra de varón,

POR

Vicente Díez de Tejada.

ILUSTRACIONES DE

OCHOA

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

LIBRERIA RENACIMIENTO

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

	Ptas.
La alegría de andar (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6
Europa se va	5
El otro	5
Duelo a muerte	4
Memorias de una cortesana (dos tomos)	8
La opinión ajena	5
Punto negro	4
El seductor	4
Confesiones de un niño decente (autobiografía)	5
El misterio de un hombre pequeñito	5
Memorias de un vagón de ferrocarril	5
Una vida extraordinaria	5

Preciados, 46.-MADRID

EDITORIAL "ATLANTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).

«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).

Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).

Silencio, novela (segunda edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen:

Visiones de neurastenia, 2.ª edic., **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**

El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**

Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**

Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**

La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**

Un hombre visto por dentro, por Rafael López de Haro, **5 pesetas.**

Cielo y fango, novela, por Alfonso Vidal y Planas, **5 pesetas.**

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.

¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	32 ptas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año.....	24 ptas.
Semestre.....	14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MUCHAS GRACIAS

30 cts

REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR
ARTEMIO PRECIOSO



TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◆

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO

La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.